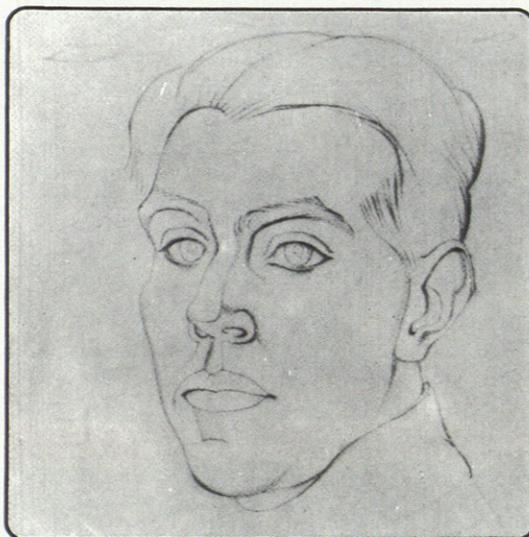


# LAS ARTES Y LOS ARTISTAS

Por Juan RAMIREZ DE LUCAS

## JUAN GRIS O LA PINTURA COMO UNA ARQUITECTURA CEREBRAL



Autorretrato de Juan Gris

*"La única técnica pictórica posible es una especie de arquitectura plana y coloreada".*

*(Juan Gris).*

Los dos más grandes acontecimientos de la presente temporada artística en París han sido protagonizados por españoles, y por Juanes: Juan Gris y Juan Miró, cuyas extensas y completas exposiciones antológicas han sido los platos fuertes de la siempre inquieta actividad artística parisina. De Juan Miró ya nos hemos ocupado repetidamente en esta publicación por múltiples motivos; queremos dedicar hoy unos comentarios al otro gran Juan de la pintura universal, menos conocido y estudiado entre nosotros.

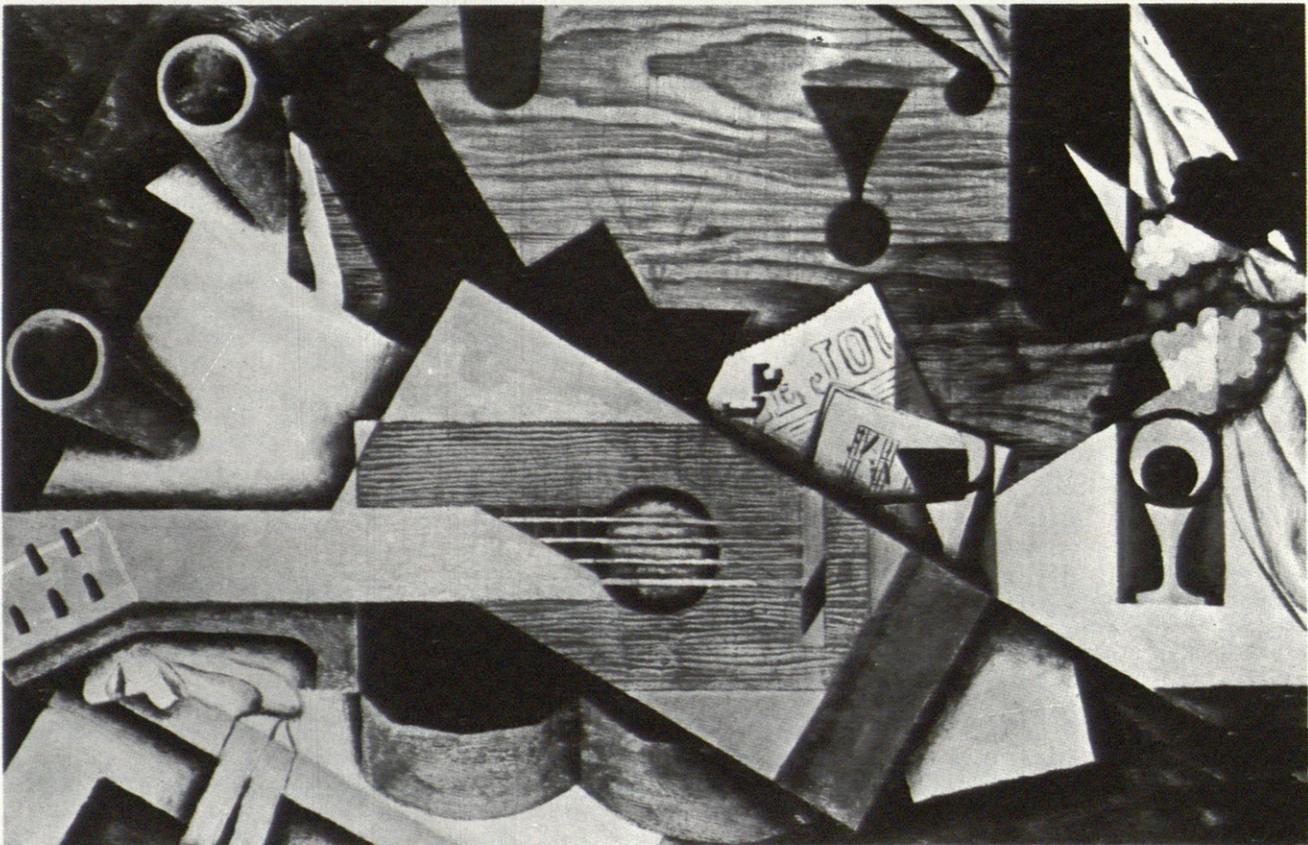
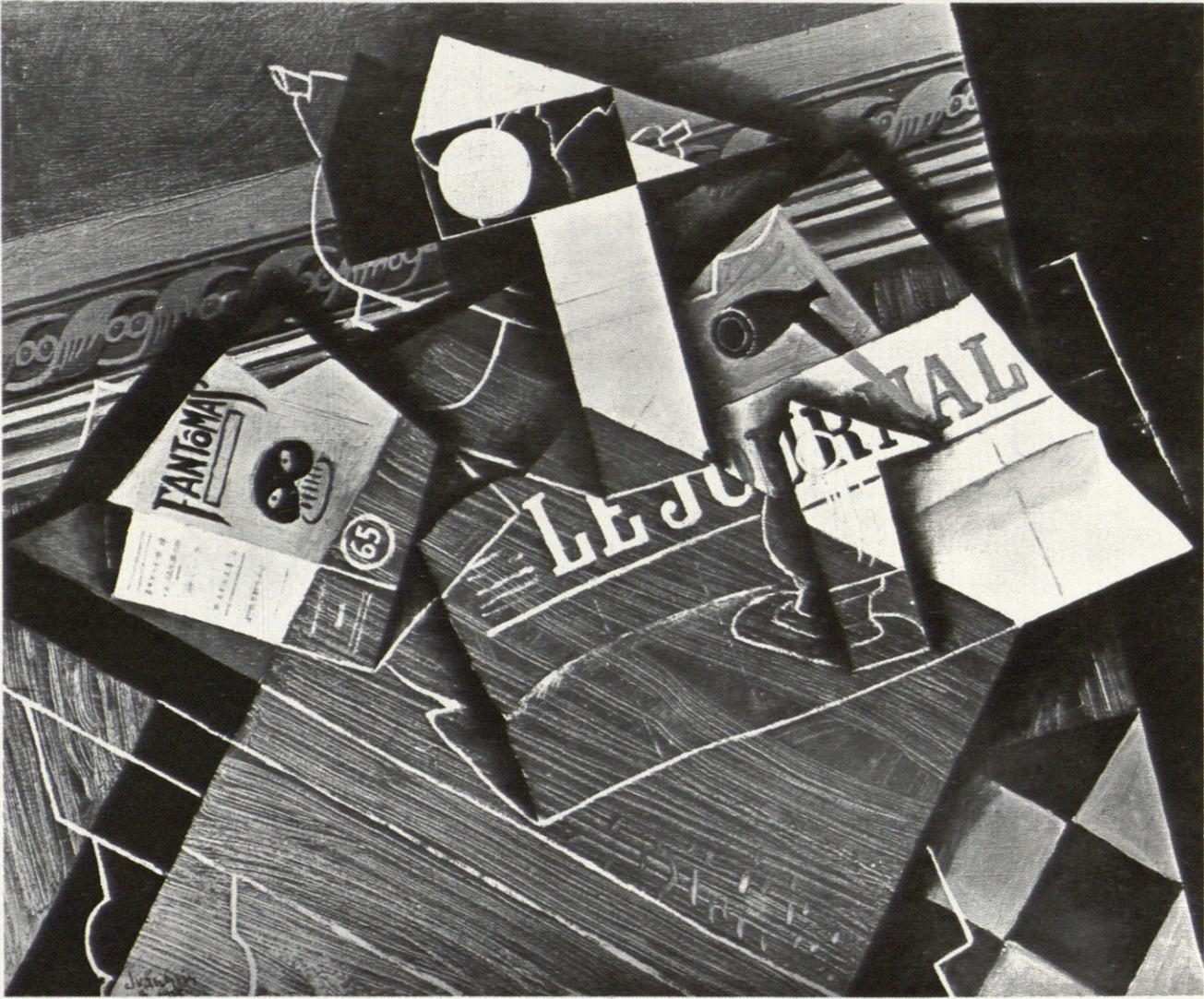
A lo largo de cinco meses y ocupando todas las salas del "Orangerie des Tuileries". París ha tenido la fortuna de poder contemplar reunida la mayor cantidad de obra de Juan Gris conjuntada hasta la fecha. Y de poder asombrarse también, pues hasta para los

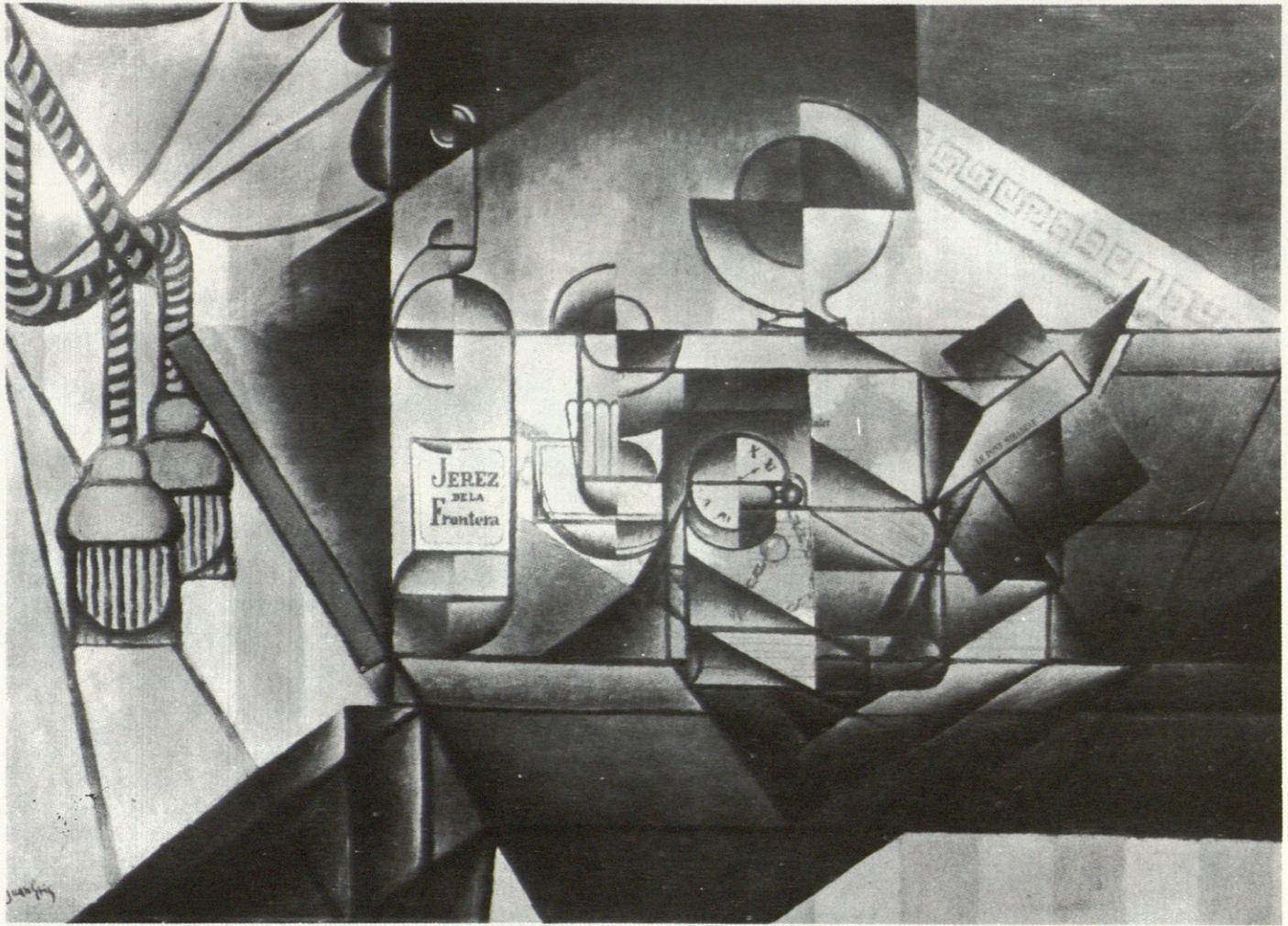
que creíamos conocer la pintura de Gris la muestra tenía tal magnitud que pocas veces un pintor "conocido" ha producido tal asombro. La explicación de este aparente fenómeno hay que encontrarla en el hecho de que Juan Gris pintó poco, pintó en pequeños formatos, y en que su obra se encuentra muy desperdigada en museos distantes y en colecciones poco accesibles. Solo ahora, al haber podido contemplar lo más selecto de la obra de Gris en una ordenada sucesión cronológica, es cuando nos hemos podido percatar de que Juan Gris es uno de los más considerables pintores que ha producido el inquieto e inquietante mundo del siglo XX. Y, desde luego, el más sereno, serio, y seguro de los cubistas; mucho más que Picasso y que Braque, aunque parezca una exageración afirmar esto.

Para Picasso, el cubismo fue una aventura más de su bienaventurada vida aventurera; para Braque, una camisa limpia y bien planchada en la que se sentía seguro y aparente; para Gris, el cubismo fue toda su vida... y su muerte. Juan Gris murió cubista, o sea, creyente y practicante del propio credo al que personalmente había contribuido a crear, al contrario que Picasso, que murió después de haber pasado y repasado por las más variadas y contrarias estéticas. Gris, hasta su final, fue el creyente; Picasso, el reprobado.

Es muy posible que las cosas hubiesen sucedido de otra manera si en vez de vivir sólo cuarenta años, Juan Gris hubiese vivido los noventa de Picasso. O si en vez de la limitada temática a la que Gris se acogió, no sabemos si por falta de imaginación o por convencimiento, se hubiese sentido asaltado por todos los creadores demonios del tormentoso Picasso. El caso es que la obra de Juan Gris se nos presenta como un ejemplo único en la historia de la pintura: un ejemplo único en cuanto homogeneidad de tema y calidad mantenida.

En la pintura de Juan Gris no hay balbuceos ni desorientaciones primerizas, surge ya potente y cuajada desde el primer momento, tal vez porque comenzó a pintar a los 24 años, con mente muy madura, y porque comenzó sus primeras telas dentro de





unas normas estructuradas y potentes: las del cubismo. Y en esas mismas normas permaneció para bien suyo, hasta su temprana muerte, y sólo cuando en el transcurso de los años 1922-24 se aparta algo de ellas su pintura se resiente transitoriamente de personalidad e importancia.

Es de sobra conocido que Juan Gris no era Juan Gris, o mejor dicho, que Juan Gris no era su verdadero nombre. José Victoriano González nació en Madrid, en Marzo de 1887. Era el hijo número trece de un comerciante castellano casado con una andaluza. Después de sus estudios primarios ingresó en la Escuela de Artes y Oficios; tenía entonces el futuro pintor quince años. A esa misma edad comienza a realizar ilustraciones para la revista "Blanco y Negro" y para "Madrid Cómico". No debería sentirse muy a gusto en la Escuela de Artes y Oficios cuando no habían transcurrido dos años y la abandona, cambiándola por el estudio de Moreno Carbonero, que durante dos años más sería su maestro.

Es de comprender que para una mente inquieta el magisterio de Moreno Carbonero no debería ser demasiado atractivo, aunque sí le sirviese desde un punto de vista estrictamente técnico. Dos años estuvo al lado del maestro académico y en 1906 José Victoriano González se traslada a París para ya ser el Juan Gris que le ha dado fama y gloria. Para un español de aquellos años, llegar a París con apetencias pictóricas era instalarse en el "Bateau Lavoir" de la rue Ravignan, en donde ya vivían Picasso y otros muchos pintores que después serían ricos y poderosos y que

entonces se encontraban en la más hambrienta de las bohemias.

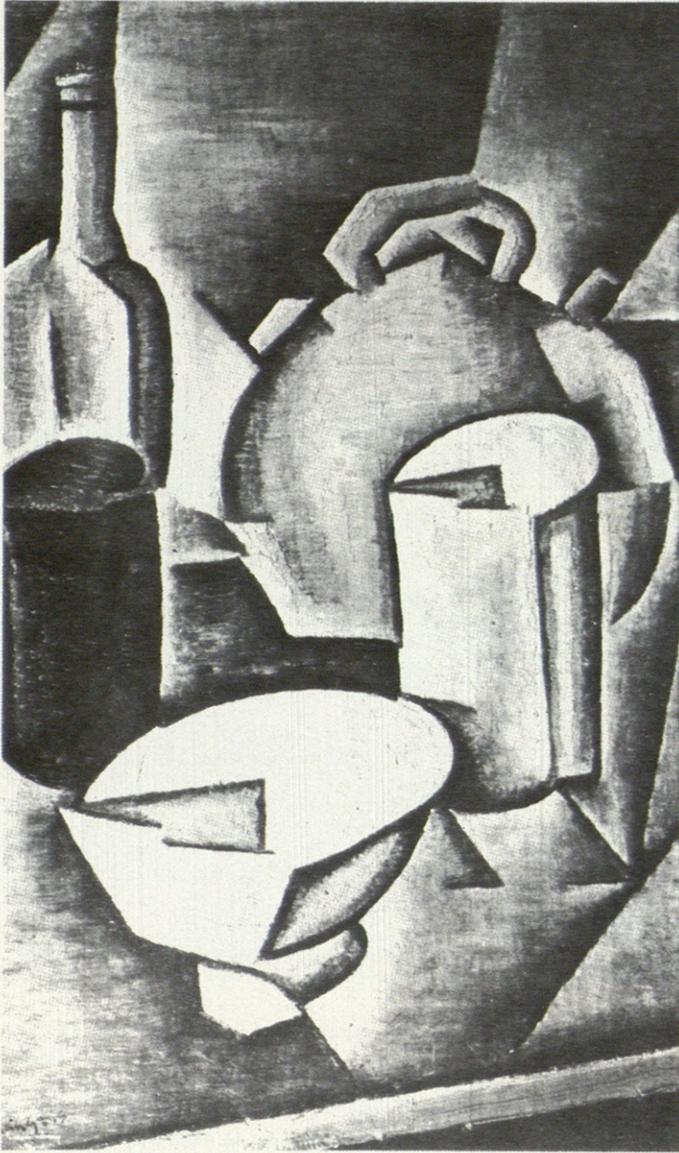
Juan Gris llegó a París con dieciséis francos en el bolsillo por todo capital y nada más bajar del tren marchó a ver a Picasso, del que ya se hablaba en las tertulias artísticas madrileñas. Picasso lo recibió bien e incluso lo dejó que viviese en su propia casa, mientras se quedaba vacío el estudio de Van Dongen. Todo fué bien en los primeros tiempos, aunque un pequeño incidente estuvo a punto de quebrar la amistad en sus comienzos. Era tal la admiración que le causó Picasso que ya en la primera entrevista le llamó, con todo respeto "maestro", palabra a la que Picasso sentía una inmoderada aversión, y que le valió una agria reprimenda.

Juan Gris siguió en París trabajando en lo mismo que había hecho en Madrid: como ilustrador de revistas humoristas, en especial "Le Charivari", "Rire", "Assiette au beurre" y "Cri de Paris". Pronto tuvo amistades que serían definitivas en su carrera más tarde: Apollinaire, Max Jacob, André Salmón, y su primer "marchand" Kahnweiler. Fue precisamente este último el que nos ha legado la imagen parisina de Juan Gris más completa y pormenorizada; por él sabemos que le llamaban "Don Juan Gris" por su prestancia física,

su encanto personal y las numerosas conquistas femeninas que conseguía. Fué Picasso quien convenció a Kahnweiler para que firmase el primer contrato con Juan Gris, lo que le permitió salir de la miseria en que hasta entonces había vivido. Tan miserable era el aposento de Juan Gris, que Picasso decía que en él se criaban unas chinches que eran capaces de comer hasta el hierro.

Más cuando en 1911 Juan Gris comienza a pintar según los postulados del cubismo sintético, Picasso ya no ve en él a un compatriota desvalido, sino a un posible y peligroso competidor. Y en ese momento nace la enemistad, que llegó a agudizarse aún más cuando Gertrude Stein, la gran escritora y coleccionista, comenzó a interesarse por la obra de Gris y a escribir sobre él. La enemistad durará ya siempre.

Juan Gris había asistido a la gestación del cubismo, en calidad de amigo de todos los principales teorizantes. Y tal vez lo que menos sospechó Picasso es que las teorías las iba a asimilar tan bien que llegaría a ser uno de sus pintores más puros. Como muy bien anota Jean Cassou, cuando escribe "Logica inflexible de Juan Gris": "Nunca debemos olvidar que al tratar del cubismo siempre estamos bajo el reino del análisis, y tal observación debe orientar nuestro juicio acerca de las obras de esta escuela. El análisis está en su mismo inicio. La obra queda bajo el signo del esfuerzo inicial de un intelecto, y de tal esfuerzo es de donde procede su fuerza patética. Porque hay un patetismo de la inteligencia, de un carácter muy particular,



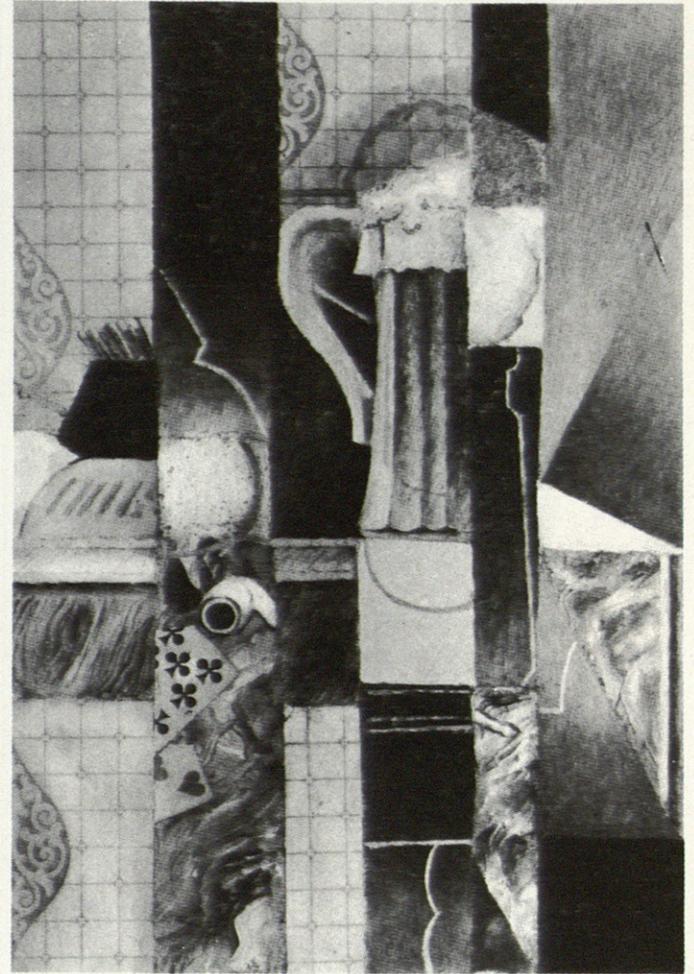
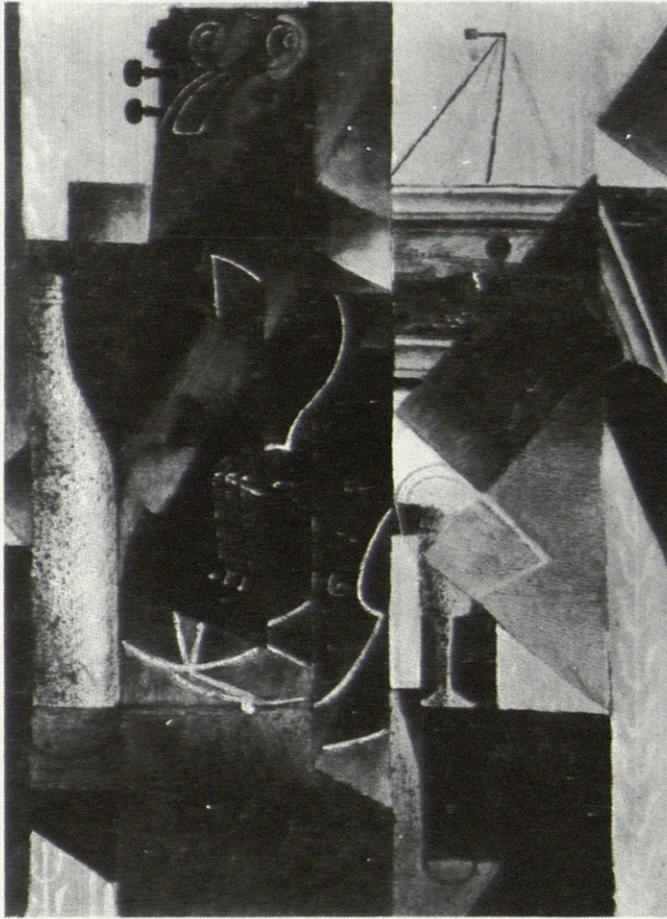
que también se advertirá en los cuadros de aquellos maestros cubistas cuya carrera ha sido interrumpida por la muerte lo suficientemente pronto para que quedasen en el interior del cubismo puro y riguroso y sin que pudiesen dar a su obra una expansión más compleja. Un ejemplo, precioso y verdaderamente ejemplar, es el de Juan Gris, espíritu doctrinal, de un raro carácter de perfección y belleza. Una lógica inflexible presidió el desarrollo de esa obra silenciosa, fuerte por sí misma y por los contornos que se había asignado y en los que se encerraba para un progreso paciente y asegurado. La justifica la matemática, y las formas y los colores se ajustan a sus leyes, llegando así a una vida superior. El procedimiento es analítico, pero este análisis se ejercita sobre la realidad, y la realidad se halla siempre, su reconstitución final está implicada siempre en el análisis más desconcertante. La ambición de una síntesis queda siempre más o menos sobreentendida. Tal exigencia se desprende particularmente de la obra de Juan Gris. En ella, grave y española, en cualquiera de sus naturalezas muertas, en sus últimas manifestaciones maravillosamente sintetizadas, maravillosamente silenciosas, hemos de reconocer un imperioso triunfo de la inteligencia al mismo tiempo que un constante —reli-

gioso— contacto con la naturaleza y, en todo ello, una subersiva belleza." (1)

Todas estas características de la pintura de Juan Gris, tan agudamente observadas, se hacían más patentes en la reciente exposición parisina, en la que, por primera vez, se ha tenido el privilegio de poder ver en conjunto una obra tan minuciosa y exquisita. Juan Gris trabajaba sus cuadros con un cuidado y una perfección que convierten a cada una de sus telas en una joya y una pieza de precisión a la vez. Hay que tener en cuenta que el mayor cuadro que pintó en su vida, el titulado "El lavabo", sólo mide un metro venticinco de alto por noventa centímetros de ancho. Y estas fueron medidas extra en sus formatos habituales, que casi nunca superaron los 65 x 50 centímetros. Tal vez por escasez de medios materiales, tal vez por preferencias personales, los lienzos de Juan Gris son siempre de dimensiones muy modestas comparados con los de otros pintores. Ello contribuye a acentuar su carácter de joya, pero también es la causa de que uno sólo pueda pasar poco menos que desapercibido en los nutridos museos. Sólo ahora, en esta memorable exposición parisina, es cuando hemos podido contemplar a un Juan Gris incommensurable y arrebatador.

Para vergüenza de España, y más concretamente aún de Madrid, Juan Gris está ausente casi por completo de sus museos. En el de Arte Moderno madrileño hay dos cuadros atribuidos a él nada seguros y más cercanos a la santanderina María Blanchard, que también vivió en París la aventura cubista. De los ciento veinte oleos reunidos en el "Orangerie" y de los cerca de cincuenta dibujos y guaches, sólo dos obras proceden de colecciones españolas, los oleos propiedad de Carlos Sobrino y de Ignacio Coca, ambas colecciones en Madrid. ¡Qué gran ocasión se ha presentado con esta exposición parisina para que Gris hubiese sido conocido en su tierra! El hecho de no haber trasladado dicha exposición a Madrid y otras ciudades españolas no sabemos si ha obedecido a falta de interés por trasladarla u a otras razones poderosas financieras u organizativas. Será ya muy difícil que Juan Gris pueda ser contemplado y comprendido en la forma que lo ha sido en el "Orangerie" hasta el pasado mes de Julio.

Este gran triunfo de la pintura de Juan Gris habrá que atribuirlo a múltiples razones, unas permanentes y otras circunstanciales, pero sobre todo a la pureza y seriedad con que Juan Gris realizó su obra. Ninguno de los cubistas, ni Picasso, ni Braque, ni Delaunay,



Gleizes, Le Fauconnier, Léger, Lhote, Herbin, Metzinger, Picabia, Kupka, Archipenko, Brancusi, La Fresnaye, los hermanos Duchamp, Marcoussis, Csaky, Villon, Marie Laurencin, Reth, Mondrian, etc. ninguno de ellos estudió tan a fondo la nueva estética, "un arte verdaderamente nuevo, que será a la pintura, tal como se la ha considerado hasta hoy, lo que la música es a la literatura. Este arte cubista será la pintura pura, lo mismo que la música es la literatura pura..." (Apollinaire).

Y de ese estudio profundo del cubismo surgió no sólo la pintura cubista que mejor ha resistido el paso del tiempo, sino también algunas de sus motivaciones intelectuales más permanentes de la estética del cubismo. En su conferencia pronunciada en la Sorbonne en 1924, en varios escritos publicados en catálogos y revistas, Juan Gris deja constancia de su pensamiento fundamentado: "Trabajo con los elementos del espíritu, con la imaginación, intento concretar lo que es abstracto, voy de lo general a lo particular, lo que quiere decir que parto de una abstracción para llegar a un hecho real. Mi arte es un arte de síntesis, un arte deductivo. Considero que el lado arquitectónico de la pintura, es la matemática, su lado abstracto; yo quiero humanizarlo. Cézanne, de una botella hacía un cilindro, yo parto del cilindro para crear un individuo de un tipo

especial, de un cilindro hago una botella, una determinada botella. Cézanne se encamina hacia la arquitectura, yo parto de ella. Esta pintura es a la otra lo que la poesía a la prosa."

Partir de la arquitectura para llegar a la poesía, he aquí un buen programa, un difícil programa a cumplir. Juan Gris pudo hacerlo porque le consagró toda su vida, su meditación y su paciente búsqueda. Si exceptuamos a Mondrian, ningún otro pintor ha sido tan arquitectónico como Gris, tan basado en estructuras estables. En muchos tratados de arte se atribuye a Juan Gris la definición de "La pintura es una arquitectura plana y coloreada", aunque no fuese exactamente esa la frase pronunciada por él, sí lo es en su espíritu. Lo que en realidad dijo Gris en su conferencia ante el "Grupo de estudios filosóficos y científicos", en el anfiteatro de la Sorbonne, es lo siguiente (transcrito literalmente): "Je dirai même que la seule technique picturale possible est une sorte d'architecture plate et colorée".

En su obra de 1912 titulada "Les peintres cubistes", Guillaume Apollinaire ya alude al carácter intelectual del cubismo: "El cubismo se diferencia de la antigua pintura en que no es un arte de imitación, sino de pensamiento,

que tiende a elevarse hasta la creación. Representando la realidad concebida, o la realidad creada, el pintor puede dar la apariencia de las tres dimensiones, puede, en cierto modo, "cubistizar". Idea en la que también abunda el propio Juan Gris en su escrito publicado en 1925 en "Europa", Potsdam: "Precisamente como reacción contra los elementos fugitivos empleados por los impresionistas en sus representaciones, hay necesidad de buscar entre los objetos a representar, los elementos menos inestables. Y se escoge esta categoría de elementos que quedan en el espíritu por el conocimiento y no se modifican a cada hora".

Los elementos que quedan en el espíritu por el conocimiento, o sea por la reflexión analítica, no la impresión momentánea, no el color cambiante a las diversas luces, todo lo contrario: "La apariencia visual de una forma se sustituye por lo que se cree ser la cualidad misma de esta forma". "Para mí el cubismo no es un procedimiento, sino una estética, e incluso un estado de espíritu". Con este último pensamiento Juan Gris puede apreciarse que para él la pintura fué una mística más que un pasatiempo o un modusvivendi. Solamente cuatro exposiciones pudo realizar en vida, dos en 1912, una en 1919 y otra en 1923. Las cuatro en Paris. En 1926 fué



victima de una fuerte bronquitis, que más tarde degeneró en asma y finalmente en uremia, que le produjo la muerte en Enero de 1927, siendo enterrado en Boulogne-sur-Seine.

Así se apagó una vida sacrificada, que conoció la miseria más absoluta, pero que supo elevarse por encima de todos los sinsabores gracias a una dedicación total al credo cubista. Treinta y siete exposiciones se han realizado con la obra de Juan Gris desde su fallecimiento hasta la fecha, sin contar la última que hemos venido mencionando.

Ninguna de estas exposiciones en España. Cada día más amplios estudios se dedican a la obra y a la persona de Juan Gris, cada día crece su importancia en la historia universal de la pintura, cada día son más difíciles de adquirir sus obras, ya casi todas en los mejores museos. Esta fué, a grandes rasgos, la aventura de un madrileño que marchó a los 19 años con unos pocos francos en los bolsillos, al torbellino de París. Un madrileño al que Madrid no ha hecho ningún caso (ni siquiera le ha dedicado una calle de su laberinto

urbano), que penó por conseguir una pintura personal y valiosa, que pensó en ella como muy pocos pintores, y que llevó una vida gris. Gris igual que el apellido que eligió, gris igual que el color del que él supo sacar más matices que nadie, que él potenció como uno de los colores más insospechadamente fecundos y luminosos.

(1).— Cassou, Jean, "Panorama de las artes plásticas contemporáneas".— Guadarrama, Madrid.